

Espacios narrativos en la ficción norteamericana contemporánea: Una introducción

Dra. Carmen M. Méndez García

1. El giro transatlántico y el giro espacial

El mundo de los Estudios Norteamericanos ha pasado, en las dos últimas décadas, por una profunda redefinición, no sólo de su objeto de estudio sino también de cuáles son las disciplinas que podían incluirse dentro de su amplio abanico de intereses. De forma paralela a esta redefinición del campo de estudio, también se han producido dos “giros” que, como americanistas nacidos al otro lado del Atlántico, nos resultan de especial interés: los llamados “giro transatlántico” y “giro espacial”. En nuestro proyecto de investigación, que parte de la asunción del carácter ineludible de lo transatlántico dentro de los Estudios Norteamericanos, nos enfrentamos también al reto de ver cuáles son las implicaciones del “giro espacial” para nuestro campo de estudio: la narrativa y artes visuales contemporáneas.

Quizá convenga aclarar, antes de ver cómo afectan estos giros a nuestro campo de estudio, que el concepto de “giro”, aunque interesante a la hora de indicar un cambio de dirección en los intereses de una o varias disciplinas, puede llevar a error si se toma literalmente como un giro extremo, o de ciento ochenta grados, es decir, como un cambio total de dirección. En realidad, tanto el giro transatlántico como el giro espacial, pese a su profunda influencia en la redefinición de la disciplina, no son giros que ignoren o traten de anular el conocimiento anterior y sus formas de estudio: más bien, **se trata de recontextualizar, de reconsiderar de modo introspectivo desde lo ya conocido, cuáles son los temas de análisis que requiere el periodo en el que se produce el giro**. Por tanto, no aspiran estos giros a reconceptualizar la disciplina, sino a destacar aspectos de estudio que, pese a existir ya en ésta, se habían visto desplazados o invisibilizados, en aras de una visión más completa y compleja del objeto de estudio.

El uso de estos giros como columna vertebral de nuestro acercamiento a los Estudios Norteamericanos trata, pues, de traer la calidad transatlántica de la literatura y las artes visuales y el espacio al frente del análisis, pero sin negar la existencia e importancia de otras líneas de estudio que tradicionalmente han sido privilegiadas por críticos, autores, e incluso lectores.

1.1. El espacio

Numerosos autores han estudiado el cambio de paradigma, aproximadamente a partir de los años 70, del espacio como centro de la narrativa: críticos como Jameson o Foucaultya señalan cómo el tiempo ha dejado de ser el elemento privilegiado dentro de la construcción narrativa (y, por ende, de la recepción y crítica de ésta), para pasar a compartir protagonismo con el espacio, entendido también como elemento organizador de la narración. El espacio deja, pues, de ser entendido simplemente como el lugar donde tienen lugar las acciones que hacen avanzar la narrativa, o como simple telón de fondo para el desarrollo de los personajes, y se pasa a estudiar en profundidad cómo los lugares transitados por los personajes o fabricados por estos determinan, también, no sólo a los personajes como individuos, sino a organizaciones grupales más amplias, describiendo, al mismo tiempo, cuestiones relativas a macroprocesos de ordenación del territorio y la sociedad. En este sentido, Jameson, entre otros, ha entendido el espacio como fundamental para entender producciones postmodernas (afirmando que existe una “new spatality implicit in the postmodern”¹, y conectado el estudio del espacio en diversas disciplinas y discursos (filosofía, política, geografía, economía, arte...) mediante la revalorización de ciertas metáforas que tienen su base en lo espacial, y que obligan tanto al creador como al receptor de la obra a reflexionar sobre el papel activo que tiene el espacio en la representación del mundo, real o imaginado.

Como todo acercamiento teórico tras la era de la teoría, el giro espacial tiene una serie de teóricos de referencia (desde Mikhail Bakhtin hasta Franco Moretti, pasando por Raymond Williams, Walter Benjamin, Gaston Bachelard o Henri Lefebvre), pero dista de ser un constructo homogéneo que proporcione unas pautas excluyentes sobre cómo analizar el espacio en cada disciplina. Resulta mucho más fructífero, en este sentido, tomar los aspectos más interesantes de cada una de las formulaciones (y términos) que han surgido al amparo de este retorno de lo

¹ Jameson, F. *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham. NC: Duke UP, 1991.

espacial. Así, conceptos como “Geocriticism”² o “Literarycartography”³ presentan distintas posibilidades de acercamiento al concepto de espacio que pueden resultar más o menos fructíferas, según la disciplina en que se imbriquen.

Hoy el espacio afecta nuestra existencia diaria, individual y socialmente,... y la organización y percepción de de un mundo narrativo o una obra visual.

La premisa fundamental de la que partirán nuestras reflexiones es que el espacio, hoy más que nunca en un mundo globalizado y de constante tránsito y tráfico, afecta nuestra existencia diaria, individual y socialmente, y es, por tanto, imposible que no afecte, también, a la organización y percepción de un mundo narrativo o una obra visual. El espacio no es solo el telón de fondo, invisible y sin importancia, donde el argumento o los personajes toman un papel protagonista: por el contrario, **el espacio pasa de ser un escenario fijo y apenas cambiante a convertirse en un terreno constantemente en movimiento**, fluido, que se presta a ser imaginado, mitificado, reimaginado, planificado, modificado, transitado, destruido o reconstruido por el individuo, por la sociedad, y por los medios filosóficos, económicos o tecnológicos de los que ésta puede servirse.

El estudio espacial de la literatura está plagado de metáforas: así, escritor y artista se convierten en “creadores de mundos” o “arquitectos”, el lector se convierte en “geógrafo” que busca dibujar e interpretar mapas del mundo narrativo que se le ofrece, pero también se convierte (en ocasiones como “flâneur”⁴, es decir, paseante urbano), en creador de su propio espacio a través de su tránsito por éste (parte de lo que Lefebvre denomina “prácticas espaciales”⁵). Pero no sólo emisor y receptor entran en este juego de espejos espacial: también los personajes de las obras enfrentan el espacio que habitan, creándolo o destruyéndolo, como arquitectos o como rebeldes, reafirmando su sentido original u oponiéndose a ideas preconcebidas sobre su uso y fin último.

²Westphal, B. *Geocriticism: Real and Fictional Spaces*. R. Tally, Trans. New York: Palgrave Macmillan, 2011.

³Tally, R. T. *Melville, Mapping and Globalization: Literary Cartography in the American Baroque Writer*. London: Continuum, 2009.

⁴Benjamin, W. *The Arcades Project*. Howard Eiland y Kevin McLaughlin, Trans. Cambridge, MA: Harvard UP, 1999.

⁵Lefebvre, H. *The Production of Space*. Donald Nicholson-Smith, Trans. Oxford: Blackwell, 1991.

Pese a las múltiples posibilidades interpretativas que ofrece traer el espacio a un primer plano en el análisis literario, como seguramente más interesante resulte el espacio como parámetro interpretativo de la literatura y las artes visuales sea, precisamente, cuando el análisis incluye su conjunción con otros parámetros, es decir, cuando se da el cruce de dos elementos de análisis (uno de ellos, el espacio) que permiten que el estudio de una obra o autor determinado arroje nueva luz tanto sobre el aspecto espacial como sobre otros que entran en relación con éste. No conviene, en este sentido, olvidar el carácter intrínsecamente pluridisciplinar de estos dos “giros” que hemos identificado como fundamentales en los Estudios Norteamericanos, una cualidad interdisciplinar que permite la interacción, tanto en la creación como en la interpretación, de saberes y líneas de análisis aparentemente alejadas entre sí. Así, deseamos ahora aportar una serie de posibles cruces de coordenadas de especial relevancia para los Estudios Norteamericanos, y específicamente en lo referente a la ficción norteamericana contemporánea: todo esto desde la óptica del investigador que, desde el otro lado del Atlántico, tras el análisis e identificación de estos cruces de coordenadas, puede comparar obras norteamericanas en un estadio posterior de la investigación con narrativa y autores europeos. Dadas las limitaciones de espacio y el carácter introductorio de estas páginas, no cabe en ellas un estudio exhaustivo: trataremos, más bien, de dibujar una suerte de “mapa del territorio” que nos permita engarzar distintos temas y tropos que se nos antojan fundamentales en la narrativa contemporánea de los EE.UU. en relación con los estudios espaciales.

2. Coordenadas del giro espacial

En primer lugar, consideremos cómo el espacio en relación con el género (masculino/femenino) puede aportar luz sobre las representaciones e interpretaciones de diversos personajes u organizaciones sociales en la literatura de los EE.UU. Seguramente la contraposición de espacios públicos y espacios privados y su reorganización en torno a líneas de género sea ya la línea menos innovadora de este tipo de estudios, dado que el análisis de los espacios femeninos o masculinos se retrotrae, al menos, al siglo XIX. Las apropiaciones del espacio reservado al otro género (por ejemplo, la incorporación de la mujer al espacio público, o el retorno del hombre al espacio privado) fluyen también, sin embargo, con especial soltura en narrativa contemporánea norteamericana cuando se ponen en conjunción con cuestiones no sólo de definición genérica, sino también cuando se destaca la producción de la propia identidad de las personas que habitan o transitan esos espacios, como por ejemplo en *Housekeeping* (1980), de Marilynne Robinson.

Con casi total seguridad, uno de los elementos más reconocibles de los diversos espacios norteamericanos es su carácter mítico, es decir, las ideas ya prefiguradas que los turistas (o lectores, en el caso de estudios literarios), muchas veces del otro lado del Atlántico, traen por primera vez a los espacios reales o a sus representaciones narrativas: nos estamos refiriendo a los espacios imaginados ya antes de ser vividos. La narrativa contemporánea de los Estados Unidos no renuncia a la exploración y redefinición de estos espacios míticos en el presente: así, por ejemplo en el mundo del “western” contemporáneo reflejado en *The Border Trilogy* (1992-1998) de Cormac McCarthy. Al mismo tiempo, también trata la literatura contemporánea de estudiar mitos más recientes, pero no por ello menos asociados al espacio norteamericano y relacionado, incluso, con ubicaciones más específicas. Así encontramos representaciones de numerosas ciudades donde el mito de la tierra de promesa, norteamericano por excelencia, es a menudo contrapuesto a un mundo de corrupción, en lo que se antoja una representación de la cara y la cruz de los espacios míticos y sus contrapuntos reales. Sin hacer un catálogo extensivo de las múltiples ciudades míticas de los EE.UU., valga como muestra la representación de la ciudad de Las Vegas en *Fear and Loathing in Las Vegas* (1971) de Hunter S. Thompson o el trasunto de San Francisco que se puede encontrar en *The Crying of Lot 49* (1966) de Thomas Pynchon.

En las obras que tratan los mitos espaciales de los EE.UU., **la narración puede valer bien para perpetuar los valores asociados con el espacio por la literatura** o artes visuales anteriores, que han entrado en la imaginación popular, **o para criticar precisamente la imagen mítica y “exponer” la realidad del lugar mitificado** –así, con espacios cuasi-míticos que han alcanzado su apogeo durante el s. XX en EE.UU., como los centros comerciales y supermercados representados en *White Noise* (1985) de Don DeLillo.

Los espacios de transgresión resultan especialmente interesantes en el estudio de la literatura LGBTQ. La narrativa contemporánea muestra en ocasiones guetos que existen no al margen, sino como la otra cara del mismo espacio, que de día es un lugar con muy distintas connotaciones. Estos espacios pasan de ser vistos como lugares de contención o vergüenza a la luz del día a transformarse en espacios de transgresión y liberación por la noche. Así, por ejemplo, *City of the Night* (1963) de John Rechy, explora la convivencia de espacios en los que habita la comunidad gay, y la obra teatral *Angels in America* (1991) de Tony Kushner estudia cómo tanto espacios reales como espacios oníricos pueden convertirse en lugares de transgresión identitaria, genérica y sexual.

En ocasiones, es el espacio que se transita, el espacio como lugar de paso, el que se mitifica en un proceso que conjuga la búsqueda individual, ecos de la expansión hacia el Oeste

y del proceso inicial de colonización, y el mito del automóvil y la velocidad asociada a la sociedad contemporánea norteamericana. El mito y celebración del tránsito del espacio, que ya celebrara Jack Kerouac en *On the Road* (1957), ha sido revisitado recientemente por autores que, frente a la liberación y rebeldía de la obra del autor beat, se han adentrado en el lado más oscuro de aquellos personajes que utilizan la velocidad y el movimiento perpetuo de forma mucho más peligrosa y menos optimista, no liberadora sino destructora, como en *Going Native* (1994) de Stephen Wright.

Compleja, pero especialmente relevante en el mundo actual, es la relación entre etnia y espacio. **En el ámbito de los Estudios Norteamericanos, conceptos que son realidades como la inmigración, la frontera, la globalización, o la creciente importancia de lo transatlántico hacen aún más complejas y enriquecedoras las representaciones del espacio.** Un mismo lugar puede ser vivido como invadido o tierra de promesa, como una expansión legítima o como lugar que ha de ser defendido. Las representaciones tradicionales de conceptos como frontera o expansión han de ser, necesariamente, redefinidos en la actualidad. La literatura étnica, y su énfasis en la creación de comunidades definidas espacialmente que modelan y sirven de apoyo al individuo, como el “barrio” chicano en obras como *The House on Mango Street* (1984) de Sandra Cisneros, o relatos de Helena Viramontes como “The Cariboo Café” (1985), conviven en complejo equilibrio con representaciones de espacios hostiles y con narrativas contemporáneas acerca de sujetos entre dos espacios, como el protagonista de *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (2007) de Junot Díaz, que cuestionan la estabilidad de las fronteras y del espacio e identidades que delimitan. Especial atención merece, también, el estudio de los espacios arrebatados a los nativo-americanos o del espacio siempre menguante de la reserva, estudiado por Louise Erdrich, Gerald Vizenor y su representación futurista en *Darkness in St Louis Bearheart* (1987), o de forma más realista en *Reservation Blues* (1995), de Sherman Alexie. Incluso en los casos en los que la frontera se trata sin entrar en cuestiones étnicas, como en la reciente *Canada* (2013) de Richard Ford, encontramos el estudio de cómo la separación de países por una línea imaginaria a menudo crea una serie de ideas preconcebidas de los habitantes de ambos lados de la frontera, que al final resultan no ser tan diferentes.

No menor interés tiene, en Estudios Norteamericanos, **el estudio del poder en relación al espacio, bien en la creación misma de éste (en la división de zonas privilegiadas y guetos), o en la rebeldía de quien, oponiéndose al sistema, se apropia de espacios en los que no le era permitido el acceso,** como sucede en la “toma de la autopista” por parte de los desheredados en *Tropic of Orange* (1997) de Karen Tai Yamashita. La definición de centros culturales y cosmopolitas frente a la periferia no es ya exclusiva de los

espacios coloniales: también en los EE.UU. es posible observar cómo existen lugares asociados con centros de poder como la gran ciudad de Nueva York, retratada, por ejemplo, en *Cosmopolis* (2003) de Don DeLillo o en la *New York Trilogy* (1985-86) de Paul Auster. Al mismo tiempo, las zonas rurales alejadas de dichos núcleos determinan un cierto tipo de organización social y afectan al desarrollo de sus individuos, que afirman o desafían fantasías de retorno al espacio tradicional o edénico frente a la gran ciudad y su carácter anónimo, como puede apreciarse en obras de carácter regionalista (que actúan como contrapunto a lo urbano) como *Bastardout of Carolina* (1992) de Dorothy Allison o “Shiloh” (1982) de Bobbie Ann Mason.

Aunque existe la tendencia en el campo de los Estudios Norteamericanos a analizar obras que representen, con cierta fidelidad, espacios reales existentes en EE.UU., como en los modelos abstractos que Franco Moretti desarrolla en su estudio *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for a Literary History* (2005), no debemos obviar la cuestión de hasta qué punto un espacio imaginado puede separarse de un espacio que el lector identifica como real, y aún ser reconocible. Los géneros de la fantasía y la ciencia-ficción parecen, en los últimos años, haberse aproximado a la ficción literaria, y el resultado son obras como *Super Sad True Love Story* (2011) de Gary Shteyngart, que tratan de forma prospectiva la organización del espacio en un entorno urbano estadounidense reconocible, o que emplean la fabulación y creación de otros mundos y universos como en “The Ones Who Walk Away from Omelas” (1973) de Ursula K. LeGuin para plantear el espacio como reflejo de la organización social, o Octavia Butler y sus obras “afrofuturistas” para explorar relaciones de espacio y raza. Aunque resulta un tanto dudosa la definición de algunos críticos de *The Road* (2006) de Cormac McCarthy como ciencia-ficción, sí es cierto que puede ser utilizado como ejemplo de distopía futurista y advertencia, aunque difusa, de la animalidad y deshumanización a la que puede llevar el colapso repentino de la sociedad, y de la creación de nuevos espacios desolados tras la caída de los modelos de organización social y espaciales tradicional.

Resulta evidente que la antaño rígida división de géneros no resulta ya útil en la creación de un “mapa” crítico: **tras la ruptura de fronteras claras entre géneros propia de la ficción postmoderna, cada vez un mayor número de obras parecen moverse entre varios géneros**, lo que dificulta su clasificación. Resulta interesante estudiar cómo ciertas narrativas se reubican, utilizando el género como el elemento familiar que permite la redefinición del espacio. Así, *House of Leaves* (2000) de Mark Z. Danielewski retoma elementos de las novelas de terror, el gótico suburbano, la poesía visual o el discurso crítico académico para crear una novela que puede estudiar el hogar, como espacio, desde muy distintas perspectivas, según el género al que el autor da prioridad en cada una de las partes de su obra.

Íntimamente relacionados con los mitos, pero también con la idea de nostalgia, se halla la cuestión de los espacios utópicos dentro del continente americano. Si bien en ocasiones la utopía se cifra en términos de ciencia ficción (como vimos anteriormente), no menos interesante resulta el estudio de utopías contemporáneas que, combinando espacio y nostalgia, buscan el retorno a un pasado más venturoso (comunitario o individual) a través de la ocupación de un nuevo espacio. En ocasiones, esta búsqueda toma la forma de un retorno individual a espacios naturales no contaminados por la sociedad, con reminiscencias a la búsqueda que ya Thoreau iniciara en *Walden* (1854). Pero también puede buscarse la creación de nuevas comunidades en nuevos espacios, comunidades que no desean seguir el ritmo de la ciudad y buscan un nuevo lugar donde construir la utopía (etimológicamente, el “no lugar”): varias novelas recientes como *Drop City* (2003) de T. C. Boyle, o la recentísima *Arcadia* (2012) de Lauren Groff estudian este éxodo comunitario y voluntario de la ciudad a comunas con nuevas organizaciones sociales que sólo son posibles en lo que se vive como la fantasía de un nuevo espacio.

Conclusión

Esta introducción al espacio en la literatura norteamericana no pretendía ser un listado exhaustivo de las posibilidades que ofrece el análisis del espacio, pero sí esperamos que sirvan para presentar un panorama bastante amplio del fructífero estudio que se puede realizar tomando parámetros, en conjunción con el espacio, a la hora de estudiar la narrativa contemporánea estadounidense. A raíz de este somero análisis, surgen una serie de preguntas que trataremos de contestar en diversas etapas de nuestro proyecto, que aúnan la existencia de espacios narrativos y reales en EE.UU., y sus posibles correlatos al otro lado del Atlántico.

- ¿Existen espacios fundamentales o de carácter mítico en la narrativa contemporánea de los EE.UU.?
- ¿Podemos hablar de espacios especialmente representativos de la cultura, historia y mitología de los EE.UU., y de una representación poliédrica de éstos en la literatura contemporánea?
- ¿Son exportables o trasplantables estos espacios a otras culturas? Y, al revés ¿cuánto hay de “auténticamente norteamericano” en estos espacios y en su representación en la literatura u artes visuales?

- ¿No pudieran ser trasunto o resultado de inmigraciones a través de los siglos, desde la primera colonización hasta migraciones actuales, o consecuencia de la existencia de un mundo globalizado, en continuo tránsito?
- ¿Cómo puede un estudio “transatlántico” iluminar estos espacios?

A éstas y a otras preguntas trataremos de dar respuesta en próximas contribuciones de nuestro grupo de investigación.



Instituto Universitario de Investigación en Estudios Norteamericanos “Benjamin Franklin”

Universidad de Alcalá

www.institutofranklin.net

